DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

ERIGIDO EN YAPEYÚ

AL

CAPITÁN GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

EL 12 DE OCTUBRE DE 1899

BUENOS AIRES

6924 — Imp. Mariano Moreno, Corrientes 829

1899

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

ERIGIDO EN YAPEYÚ

AL

CAPITÁN GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

EL 12 DE OCTUBRE DE 1899

BUENOS AIRES

6924 — Imp. MARIANO MORENO, Corrientes 829

1899

Discurso del señor Coronel Ernesto Rodriguez

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN QUE HA REALIZADO LA ERECCIÓN DEL MONUMENTO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Sr. Comisionado: En nombre de la Comisión que tengo el honor de representar en este acto, os hago solemne entrega del monumento erigido en el sitio en que nació el ilustre General Don José de San Martin.

Esta obra del patriotismo, que me cupo en suerte iniciar el 25 de Abril de 1895, ha sido llevada á cabo por subscripción pública, contribuyendo en gran parte á su realización el Gobierno Nacional y el de la Provincia de Corrientes.

El General San Martin es una gloria sud-americana, por no decir una gloria universal.

Este gran Capitán no circunscribió su esfuerzo y su acción á conquistar tan sólo la independencia de la República Argentina; con su mirada de águila domina el vasto escenario de la América del Sud y comprende que es necesario libertar á Chile y al Perú de la dominación española, para que fuera un hecho la emancipación política de estos pueblos hermanos, desde las márgenes del Plata hasta el Rimac.

Con el compás del geómetra habia trazado su vasto plan de campaña continental y para llevarla á cabo declinó el mando del Ejército del Norte.

Nombrado Intendente de las Provincias de Cuyo, organiza en la histórica Mendoza el Ejército de los Andes, modelo de valor y disciplina, donde cada soldado fundido en el molde de los legendarios «*Granaderos á Caballo*», era un leon dispuesto siempre á combatir para triunfar ó morir por la libertad de los pueblos vírgenes de la América del Sud.

¡Aberraciones! El colaborador más eficaz del General

San Martín, el Director Don Juan Martín de Pueyrredón que se multiplicaba como acción y pensamiento para allegar recursos al Ejército de los Andes, á cuya esfuerzo se librarían los destinos de la América, era combatido sin tregua por sus enemigos políticos, la anarquía se había enseñoreado del pueblo de Mayo; en un momento de suprema angustia en que peligraban las instituciones de esta joven nación, ese austero y virtuoso patriota le escribía al General San Martín, precisamente el día en que éste á la cabeza de su ejército marchaba de Mendoza con rumbo hacia la Cordillera para libertar á Chile, pidiéndole: «que antes de « emprender su hazaña libertadora pensase en sus intere- « reses de gobernante y viniese á Buenos Aires á librarlo « de sus adversarios.»

El General San Martín, que tenía la visión del porvenir y la conciencia de su misión, le contestó al Director Pueyrredón: « El Ejército de mi mando se debe á la América « toda y no puede perder sus fuerzas en empresas sin tras- « cendencia.»

¡Sublime rasgo de genialidad con que el libertador al escalar los nevados Andes se despedía del Gobernante y de la patria querida para conquistar los laureles de Chacabuco!

Un célebre escritor adversario nacional de San Martín lo denomina «Terrible campeón de la Independencia Americana.» Y juzgando el paso de los Andes ha dicho: «es el más glorioso que ha visto el mundo.»

El General vencedor al dar cuenta de la victoria obtenida por el ejército patriota en la batalla de Chacabuco, compendiaba en términos concisos su gigantesca empresa manifestando: «Al Ejército de los Andes queda la gloria de « decir: en 24 días hemos hecho la campaña, pasamos la « Cordillera más elevada del globo, concluimos con los « tiranos y dimos la libertad á Chile.»

¡Rara coincidencia! La víspera de esta memorable batalla que decidía de los destinos de un pueblo hermano, esta aldea donde nació San Martín, cuyo nombre no perecerá jamás, era reducida á cenizas por una invasión esclavócrata.

El 12 de Febrero de 1817, primer aniversario de la batalla de Chacabuco, el pueblo Chileno proclamaba á la faz del mundo su independencia, conquistada por el esfuerzo pa-

triótico de la República Argentina, que sellaba con la sangre generosa de sus hijos la alianza Argentino-Chilena, que debía dar por resultado la libertad del Perú.

Por un momento se eclipsa la estrella luminosa del gran Capitán en la triste noche de Cancha Rayada para resplandecer nuevamente en los llanos de Maipú.

La batalla de Maipú es una de las acciones más brillantes en la guerra de la independencia: el ilustre General Mitre en su «Historia de San Martín» la juzga así: «la ba-« talla de Maipú revela el genio militar del Gran Capitán « Sud Americano, fué la precursora de todas las ventajas « sucesivas. Y tuvo además el singular mérito de ser ga-« nada por un ejército derrotado é inferior en número, á « los quince días de su derrota.»

¡Raro ejemplo en la historia militar de las naciones!

Por dos veces, había ganado la libertad de Chile.

A orillas del Plata los poetas entonaban himnos de triunfo y entre ellos Juan Cruz Varela hacía su glorificación al dos veces vencedor en esta inolvidable estrofa:

Que con esfuerzo doble
Con ardoroso empeño, con valor osado,
En Maipú se labró doble corona.

Y el no menos inspirado literato Juan M. Gutiérrez al reseñar los cantos de los poetas contemporáneos argentinos á «Maipú» en su corona poética á San Martín en la «Lira Argentina», púsoles por epígrafe:

Hermandad de la lira y de la historia
Abrazo de la gloria con la gloria!

El dominio del Pacífico y la redención del Perú eran la preocupación constante del Gran Capitán. Regresa á Buenos Aires para buscar en la patria lejana, como después de Chacabuco, los medios para llevar á feliz término su plan de emancipación Sud-Americana.

En el seno del hogar querido, se substrae como siempre á la entrada triunfal que pueblo y gobierno le tienen preparada, para dedicar su tiempo y su influencia á la causa de la libertad de aquel otro pueblo hermano que anhelaba también entrar á formar parte en el concierto de las naciones libres é independientes del Continente Sud-Americano.

Señores: Creo oportuno recordar también en èste momento otro hecho histórico, único en nuestra vida nacional: el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón presenta al Congreso de la Nación al vencedor de Chacabuco y Maipú; al héroe de la independencia americana, quien declara en ese acto solemne con la modestia que le era peculiar: «que la victoria se debía á sus compañeros de armas, « que él no había sido sino el órgano del Ejército de los « Andes y que renovaba su juramento de salvar la patria « ó morir en su demanda.»

Consecuente con su propósito el General de los Andes, que no había venido á Buenos Aires en procura de honores, sino de elementos para llevar las armas libertadoras hasta el Perú, se ausentó nuevamente con la seguridad de que los Gobiernos Argentino y Chileno harían un esfuerzo más para crear una escuadra que le facilitase el camino del Pacífico; para llegar con el ejército libertador hasta Lima y destruir allí el último baluarte del poder español.

El «Aquila» que fué el primer buque que enarboló la bandera que ostentaba la estrella de la naciente república que debía iluminar las aguas del Pacífico con la «Lautaro» obtuvieron los primeros triunfos: allí se inmortalizó el Capitán O'Brien, que murió combatiendo como un héroe.

Blanco Encalada, que cede su puesto con generosidad patriótica al almirante inglés después de su gloriosa acción.

Lord Cochrane, que había combatido por la libertad del pueblo inglés y abandona su patria para combatir también por la independencia de los pueblos de la América del Sud, han dado muchos días de gloria á las naciones aliadas, luciendo al tope de los mástiles la enseña de la patria de O'Higgins que había contribuído eficazmente á la creación de esa escuadra dominadora del Pacífico.

El General de los Andes iba á realizar su plan concebido seis años antes en la poética Tucumán.

Con el plan de la victoria en el cerebro, toma resueltamente el camino de Lima, embarcándose con el Ejército Libertador en la escuadra que comandaba el intrépido Lord Cochrane, quien la guiaba siguiendo el camino abierto por él y sus valerosos marinos.

Veinte días después desembarcaba con su Ejército en las playa de Pisco. Estaba ya en tierra de los Incas, donde

decretó como símbolo de independencia la bandera y el escudo de la nueva república, cuyo sol naciente debía saludar en breve el pueblo peruano libre é independiente.

La campaña de la Sierra, la batalla de Pasco ganada por Arenales, le abrieron las puertas de Lima.

Nunca el General San Martín mostró mas genio militar y político que entonces, al desarrollar esa escena las más solemne en la historia de este continente.

Al fin entra triunfante en Lima! La ciudad de los Reyes, y la Atenas del coloniage, recibe con los brazos abiertos á sus libertadores.

El general del ejército libertador concurre á la plaza pública, y de pie y en el sitio mismo donde la *Santa Inquisición* encendió sus hogueras, según la expresión elocuente del Dr. Avellaneda, agitando el pendón de la nueva nación, pronuncia estas solemnes palabras: « El Perú desde este momento « es libre é independiente por la voluntad de los pueblos y « por la justicia de su causa, que Dios defiende ».

El pueblo lo aclama con entusiasmo patriótico; y jura su independencia, perpetuando en el bronce de la história esta inscripción: « Lima juró su independencia el 28 de Julio de « 1821, bajo la protección del ejercito libertador, comandado « por el General San Martín ».

El General Bolivar desde el Orinoco venia combatiendo sin tregua por la libertad de los pueblos de Colombia, mientras el General San Martin desde los márgenes del Plata convergía también al último campo de batalla, que debía decidir definitivamente de los destinos de la América.

El libertador del norte con el libertador del sud debían inevitablemente encontrarse en Guayaquil.

Estos dos grandes hombres se admiraban mutuamente, pero al encontrarse frente á frente, como dos fuerzas que se chocan, se repelen.

El desenlance del drama se imponia y uno de estos dos famosos guerreros debía eliminarse para dar lugar al otro que más afortunado completase la obra de la independencia americana.

El General San Martin dando alto ejemplo de patriótica abnegación le ofrece al Libertador ponerse bajo sus órdenes, pero el héroe colombiano duda de la sinceridad de su émulo el General argentino; y queda terminada la famosa entre-

vista con la inmolación voluntaria del Gran Capitán Sud Americano.

Un año después de jurada la independencia de los hijos del Sol, el General San Martín renuncia el mando como Protector del Perú, y ante el soberano congreso de esa nación fundada por él, pronuncia estas grandes palabras: « Presencié la declaración de la independencia de los Esta- « dos de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte « que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, « y he dejado de ser hombre público. He ahí recompen- « sados con usura diez años de revolución y de guerra!

« Mis promesas para con los pueblos están cumplidas, « hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección « de sus gobiernos.

« La presencia de un militar afortunado, por mayor des- « prendimiento que tenga, es temible para los estados que « se constituyen de nuevo. »

Señores! Con ese acto de abnegación sin ejemplo en nuestra historia, concluye su vida militar y política el redentor de los pueblos sud-americanos, para condenarse en la flor de la edad al ostracismo, para morir en país extranjero lejos de la patria amada y por él libertada!

Pero, nace á la inmortalidad orlada su frente con la corona cívica tejida por las manos de diez millones de hombres libres como justo homenaje de admiración y gratitud á su libertador.

Señores! No debo terminar esta pálida reseña de los hechos más culminantes en la historia del gran Capitán sud-americano, sin antes manifestar mi reconocimiento á mis colegas de comisión y á todos los que han contribuído á la realización de esta obra patriótica, que me proporciona una de las más grandes satisfacciones que he experimentado en mi vida.

Yapeyú! capital de las antiguas Misiones! que encerráis en vuestra pintoresca región los vestigios del sistema creador de los Jesuítas, que fué la primera vision de la infancia, del Libertador; dejaréis de ser el pueblo misterioso escondido entre las selvas vírgenes de la heroica Corrientes para mostrar á la faz de la posteridad este monumento erigido por la gratitud nacional á la memoria del más preclaro de sus hijos, el General Don José de San Martín!

He dicho.

Discurso del señor General José Ignacio Garmendia

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL

EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

Presidiendo la comisión que en este acto representa al poder ejecutivo de la nación, me cabe el honor de tomar la palabra, lamentando que mi laconismo de bronce reemplace á la alta elocuencia digna de este lugar, y sólo cumpliendo un deber sagrado, es que me atrevo á presentaros el panegírico del general San Martín, después de lo que han escrito los ilustres historiadores argentinos.

No puedo menos que sentirme conmovido ante la solemnidad de esta fiesta nacional, en que distingo con respeto á los representantes del pueblo argentino, de sus poderes públicos y á los delegados de las naciones hermanas que en otra época más grandiosa juraron en el altar de la patria la libertad de la América, en contorno de la severa efigie del gran capitán, saludando al sol que dió calor á su cuna; esa cuna donde se meció el hércules de la revolucion, besado por las brisas ardorosas de las selvas seculares, sí, esa cuna que columpió niño al más grande guerrero de los argentinos, al más patriota de sus ciudadanos y al más abnegado de sus héroes.

Esta ignorada comarca de otros tiempos, escondida entre los espesos y solitarios bosques misioneros, se siente hoy orgullosa al ver levantarse de su seno el monumento de su preclaro hijo, de ese hijo á quien en su infancia le inoculó la savia ardiente de su atmósfera tropical, que le dió virtudes y energía en el alma y fortaleza en el cuerpo.

La soledad austera del desierto en el que el silencio y la

amenaza constante del peligro hacen al hombre perspicaz, precavido y valeroso, la vida sobria á la intemperie, y el trabajo asiduo y constante, sin interrupción, que endurece el físico y da energía al espíritu, modelando con calor verdaderos tipos de combate como para resistir los más terribles reveses de la fortuna, y la dirección en el camino de la virtud que le señalaron sus padres, hicieron de aquel niño fuerte en sus primeros tiempos, el germen de un robusto soldado, que más tarde resiste á las más duras pruebas en su agitada existencia y llena el orbe con su fama.

Es muy posible, tal vez, ¡quién sabe! cuando al abandonar la selva obscura y solitaria y ese sol ardiente que iluminó su cuna: ese arraigo de su alma argentina, jurarla como Aníbal volver á ella como libertador.

El vínculo sagrado que nos liga á la tierra en que se nace, es misterioso y grave, afecta todo nuestro ser y tan fuerte que no hay nada que lo rompa ni lo resista, y lleva el hombre muchas veces en medio de la felicidad y de la grandeza el que pueda vivir en el destierro, á lamentar los infortunios de la patria y á llorar sus desdichas en aquellas noches nostálgicas del alma en que se vislumbra entre la bruma de la distancia la humilde cabaña desamparada: el hogar desesperado de sus padres.

***

San Martín en España, en el colegio de nobles de Madrid, donde por su estirpe es admitido; en el ejército altanero y triunfante de Bailén, donde se inclinan vencidas las águilas que hicieron temblar á la Europa; San Martín, digo, rodeado de la grandeza de la epopeya, orlada su frente con los gloriosos laureles de la victoria, joven y bizarro, remontando rápidamente la escala de los ascensos, grado por grado en su ruda carrera, siempre por acciones distinguidas y sonriéndole un porvenir brillante, al sentir que su corazón lo impele á otro destino, no puede olvidar que había nacido argentino para después ser americano.

Es entonces que combatido por la tempestad de su alma, cuyos gérmenes han permanecido latentes en la infancia, se

desarrollan violentos al sentir vibrar en su corazón los infortunios de su patria, es entonces que se ve arrastrado por un impulso secreto que le hace presentir que su misión será grande en la tierra, se constituye esclavo de una idea que pertinaz horada su cerebro y ante el propósito de salvar á su patria del yugo que la oprime, se siente gigante para acometer la colosal empresa. En esa situación tan grave, en la que vislumbra las enormes responsabilidades que temerario va á asumir, no habrá escollo que lo detenga, porque siente la imperiosa necesidad de ser el autor afamado de una causa más gloriosa, más humana, más brillante que todas esas hazañas de la férrea resistencia ibérica contra el César de la Francia, en cuyo terrible escenario su valentía sobresale como un presagio olímpico que se evidencia entre la bruma de la batalla. Necesitaba ser el ariete incontrastable de la independencia de su patria, no por la ambición despótica que muchas veces eleva los conquistadores al poder absoluto, al horrible precio de pasar con el carro devastador de la guerra sobre montones de cadáveres, no, sino por el patriotismo puro que levanta al ciudadano á la apoteosis que vive en todo tiempo en el corazón del pueblo, con esta preocupación constante, al oir el rumor revolucionario, que de eco en eco resuena en el ambiente americano, cuando su patria levanta el estandarte de la libertad, tan anhelado por los humillados y por los oprimidos, abandona decidido, sin vacilar un instante, la hermosa España para siempre, esa tierra privilegiada del valor y del heroísmo, que había sido el teatro de sus primeras proezas.

Al pisar las playas de Buenos Aires, solo con el bagaje terrible de su espada, empieza su gran figuración política y libertadora. Esta personalidad completa se agranda por momentos; porque el pueblo, que casi nunca se engaña en los grandes acontecimientos salvadores, lo señala como el único capaz de llevar adelante los patrióticos propósitos de la revolución, en la ruda contienda que se prevé, cuyo éxito sólo se obtendrá por ruidosos triunfos, que serán los únicos que podrán consolidar la independencia argentina. ¡Qué digo! La independencia americana.

Su bien conquistada fama de glorioso soldado y su pericia militar perfectamente comprobada, le conquista entre sus

émulos el rango culminante que merece, y sin pérdida de tiempo, comprendiendo la crítica situación en que se encuentra el país, reorganiza las escasas fuerzas de la revolución y con perseverante empeño da nervio y entusiasmo á todos los elementos heterogéneos que viven en la anarquía y que sólo esperan la palabra de orden de un gran hombre para reunir en su contorno toda la energía, toda la fuerza y todo el pensamiento.

Su primera hermosa obra es el Regimiento de granaderos á caballo.

Desde el primer momento ha comprendido la importancia trascendental de la caballería argentina y prevé con acierto el papel decidido que tendrá en los combates futuros.

Bien pronto se cumple la previsión de aquel sabio de la guerra. Poniéndose á la cabeza del famoso regimiento, sorprende con habilidad remarcable á una fuerte columna realista en San Lorenzo y la hace pedazos, aunque estuvo á punto de pagar con la vida aquel bizarro movimiento.

Tan seguro estaba de su triunfo, que descuida mayor aglomeración de fuerzas: es que él conocía con seguridad el valor de la caballería en su mano. El instante oportuno, resultado exacto del cálculo preciso, es aquí una evidencia.

Esa firmeza de carácter al dictar una disposición que puede parecer aventurada, sólo la da la experiencia ó la clarovidencia de un eximio militar.

***

Desmoralizado el ejército patriota por las recientes derrotas en el Alto Perú, todas las miradas se dirigen hacia el héroe de San Lorenzo y se le nombra comandante en jefe de ese ejército, al que rápidamente le transmite el orden, el entusiasmo y la disciplina, que estaba tan decaída en sus filas.

Mas el gran capitán, que conoce la guerra por ilustración y por experiencia, que anticipadamente ha meditado con madurez el plan de su futura campaña y en consecuencia puede medir con su ojo de águila el tablero estratégico de esa comarca y ve en perspectiva las inmensas dificultades que traería tomar la ofensiva por la frontera de Bolivia abandona ese teatro sin gloria y escabroso para buscar otro eximio que lo haga rival del capitán del siglo.

Para llevar á cabo este plan de campaña es necesario aproximarse al corazón de los Andes. Obtiene entonces la gobernación y la intendencia de Cuyo, y desde ese momento el estadista se revela; hace el cálculo de recursos para cubrir las necesidades más apremiantes y el general empieza á organizar el ejército con que más tarde se proclamará el libertador de tres repúblicas.

Seguro y firme en sus propósitos se presenta ante el mundo en esta situación en un carácter de austeridad remarcable y marca con una decisión inquebrantable en el plano de sus futuras victorias, los jalones de su gloria. Desde 1841 comprende que el único plan aceptable y decisivo es la ofensiva resuelta, trasmontando los Andes para poder llevar la tea revolucionaria á Chile, tomando en seguida por línea de operaciones el Pacífico para poder llegar á Lima, donde se dará la mano con el gran Bolívar y asegurará el triunfo decisivo de la causa de América.

Mendoza es su sólida base de operaciones, y con una sabiduría y una previsión admirables, organiza allí su ejército de 4000 hombres, que es la más pura gloria de los anales militares argentinos y el modelo más perfecto de un conjunto ordenado de elementos militares.

En la preparación de esta campaña, San Martín es el rival de Napoleón en la de Jena. ¡Qué organización tan completa! ¡Qué habilidad para encontrar recursos en una provincia tan pobre! Y uno no puede menos de sentirse herido de admiración al ver cómo han sido previstos todos los detalles. Hay tal armonía en sus múltiples resortes, que jamás se ha visto llevar á cabo un plan de guerra con más previsión en los pormenores que el Paso de los Andes, donde se combate con éxito la intromisión de accidentes extraordinarios.

Para el mayor elogio del general San Martín podremos decir, sin temor de que se nos conteste, que el Paso de los Andes, estudiado bajo el punto de operación estratégica, está á la altura del Paso de los Alpes por el capitán del siglo.

***

La batalla de Chacabuco, preludio inmortal de la independencia de tres repúblicas, es el resultado táctico de las

sabias combinaciones del guerrero argentino que coronan la paciente obra á él encomendada en que demuestra que aquel teniente coronel de Bailén que se eleva por sus propios méritos, era ya un general que se adelantaba á esos eternos ascensos del rutinario escalafón. Felizmente para la causa de la independencia, sus hombres dirigentes no tuvieron en vista la antigüedad.

En esta circunstancia se ve al hombre político desinteresado y sin ambiciones. En los transportes de su entusiasmo, el pueblo chileno, después de esta victoria, le ofrece el mando supremo: él lo rehusa con altura é indica para ese puesto á su amigo el general O'Higgins; demostrando con esta disposición sus grandes vistas políticas.

Desde ese momento queda perfectamente cimentado el poder de la revolución. Es cuestion de más ó menos tiempo la liberación de Chile y del Perú.

Sin embargo, el virrey del Perú siente esa amenaza terrible, porque si Chile es independiente se verá encerrado en un círculo de fierro, cuyo arco lo forman el ejército de Bolívar, el ejército de San Martín y el ejército argentino en la frontera del Alto Perú.

En vista de estas consideraciones se resuelve reconquistar á Chile, encomendando esta empresa al general Osorio al frente de un ejército de cinco mil hombres.

En las cercanias de Talca se avistan las dos enconadas huestes; y cuando los patriotas creían ya segura la victoria, la negra fatalidad interviene: una sorpresa llevada con habilidad y audacia desbarata su ejército que, sin precaverse, ha abierto las puertas al pánico de la derrota,

El desastre de Cancha Rayada, de lo cual no es responsable el general San Martín, dispersa en una noche una gran parte del ejército libertador; pero, esa veleidad de la fortuna, es para poner de realce las brillantes dotes de aquel carácter inquebrantable.

San Martín es tan grande por haber resistido al abatimiento de un tal terrible desastre, reconstruido ese ejército desmoralizado y obtenido en seguida la brillante batalla de Maipú, que por el paso de los Andes y Chacabuco.

«Por la intensidad de su genio y los recursos increíbles de su coraje, se levanta más arriba de los grandes peligros y aprovecha perspicaz de todas las infidelidades de la fortuna,

y por las armas puestas al servicio de una buena causa se eleva al colmo de la gloria.»

Maipú, ese modelo de batalla moderna, fué la consolidación de la independencia de tres repúblicas; Lima, su consecuencia forzosa, reviste el complemento del vasto plan estratégico y le da ocasion para presentarse con las grandes condiciones de gobierno que le adornan. Como estadista, administrador y político, es un ejemplo; ocultando, sin que nadie lo sospechase bajo la ruda y áspera corteza de un soldado, las virtudes que en los buenos gobernantes hacen la felicidad de los pueblos; y atendiendo con empeño á las cosas de la paz y de la guerra, llega al supremo momento en que con sincero impulso se aproxima á Bolivar. En ese notable acontecimiento que se desarrolla entre la desmedida ambición del uno y la abnegación del otro y que tiene en suspenso por un momento los destinos de la América; es entonces cuando San Martin todo lo sacrifica por la santa causa de los pueblos y al sospechar que pueda ser un obstáculo para la independencia americana, desprendido, arrojando de sí toda ambición de poder y de riquezas, se retira del teatro de su gloria para dejar al libertador del norte que tenga la de concluir aquella guerra inmortal, á pesar de la suya propia: para San Martin poco importaban los nombres propios, lo que él deseaba era el triunfo definitivo de la libertad americana.

Para llegar á este brillante éxito no vaciló en desobedecer una orden, que á haberla cumplido, indudablemente hubiera traído otra motín de Arequito. Su patriótico presentimiento siempre le mostró con claridad los sucesos futuros, y me inclino á creer que su acción fué grande y abnegada: salvó la causa de la América.

***

Retirado á la vida privada, olvida sus hazañas: es un modesto Cincinato: como en la vida militar habia sido un rudo soldado.

Su tenacidad calculada lo llevó siempre al éxito, á la gloria de los grandes capitanes y su asentimiento nacional á la apoteosis.

Este hombre extraordinario en cuya mano se reunió tanto poder y que, vencedor, había afirmado la independencia de grandes naciones, nunca abusó de él, todo lo contrario: su corazón de ciudadano libre vibraba siempre debajo de su casaca militar; y á pesar de haber renunciado á toda pompa, á toda grandeza, punzante la calumnia hirió su acrisolada reputación; pero la posteridad justiciera, agradecida al héroe, y recompensando sus virtudes, le dice como á Wáshington:

«El primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.»

Señor gobernador:

En nombre del Excmo. señor presidente de la república, tengo á mucha honra entregaros este sagrado depósito, que en adelante señalará al viajero, desde gran distancia, el emblema de la más grande gloria argentina.

Discurso del señor Carlos Rey de Castro

REPRESENTANTE DE LA REPUBLICA DEL PERÚ

SEÑORES:

Nada podía ser para mí más honroso ni más satisfactorio, en mi doble condición de peruano y admirador sincero de San Martín, que el encargo con que se me ha favorecido de hablar aquí, en esta histórica ceremonia, en representación del gobierno y pueblo del Perú; de expresar en estos solemnes momentos, el juicio que todos mis compatriotas tienen formado del hombre superior que fundó

nuestra independencia y que, con frases de imperecedero recuerdo, consagró nuestra vida de seres libres y autónomos.

Pero así como es de excepcional la valía del cometido es de difícil su atinado desempeño.

Confío, sin embargo, en que lo hermoso, lo noble y siempre nuevo del tema sean parte á excusar mis deficiencias. La simple evocación de las glorias de San Martín basta, en mi concepto, para imprimir sello de grandeza á las ideas y dar relieve á las palabras.

El *culto á los héroes* es indudable que levanta nuestro espíritu, que nos dignifica, que nos hace superiores á nosotros mismos. En ese culto va implícitamente comprendido el anhelo de llegar á ser lo que reverenciamos, palpita el estímulo para nuestra colectiva ascensión, alienta el ideal de perfeccionamiento humano; de un perfeccionamiento que, por obra de ese mismo culto, se nos ofrece, no ya como falaz utopía ni como ensueño de imaginaciones enfermizas, sino como cosa real y tangible.

Necesitamos, también, de la compañía de los grandes hombres, aun cuando nó sea más que cual resurrección del pasado, para no reñir con la existencia, para no dejarnos influir por el amargo y punzante pesimismo que nos induce á mirar el mundo como mansión de agudos dolores ó tránsito de anónimas expiaciones.

¡Qué negra y qué triste no sería nuestra historia, esa historia formada con pedazos de nuestro corazón, con jirones de nuestra alma, si acaso no estuviera iluminada á trechos por los resplandores que nos envían, desde lo hondo del eterno misterio, figuras como la de San Martín, nobles, sublimes figuras que justifican la esperanza en una solución vecina, capaz de constituir de veras en una sola y venturosa familia á esta dolorida y anarquizada familia humana!

Un ilustre pensador italiano acaba de decirlo: «nada más fecundo para la educación social como revivir la admiración y el ejemplo de los héroes populares, no tanto en sus deslumbradoras dotes de la vida militar cuanto en el espejo de sus íntimas energías morales, que son el alma misma, imperecedera de la humanidad.»

Y si existe un héroe popular acreedor á estas rememo-

raciones agradecidas, á encarnar estas enseñanzas retrospectivas, ese héroe es San Martín.

Su panegírico no se confunde con el odioso panegírico de casi todos los guerreros. De él no habría escrito Saint Victor: «sólo hay gritos en su fama, su nombre suena vacío de sentido, su historia forma parte de la de los azotes físicos. No era más humano que un temblor de tierra ó que la erupción de un volcán.»

No; entre las palabras de quien exclama «el destino sucumbe, la tierra se estremece porque yo soy el martillo que golpea al mundo» y las palabras de quien declara la independencia de tres repúblicas, siempre en términos impersonales y dignos, hay diferencia incomensurable.

Ambas nos atraen, es cierto, porque nos sentimos atraídos hacia todo lo que simboliza ó compendia una crecida cantidad de energías, aun cuando luego hayan de aplicarse á destruir la propia vida; mas, ¡qué distancia no va del incendio que todo lo calcina al aluvión que todo lo fecunda!

Nadie se atrevería á acusar al gran capitán argentino de atrofia del sentido moral, de desproporción entre el desarrollo de su inteligencia y su manera de sentir; nadie se atrevería á señalar en él ese defecto que, según Taine, caracteriza á una de las personalidades del siglo que más nos deslumbran por sus hazañas militares y que, con rara frecuencia, modela la fisonomía de los guerreros y conquistadores desde los tiempos de la leyenda hasta nuestros tiempos.

Alejandro, el grande Alejandro de Macedonia, encabeza, es verdad, cuando aún era adolescente, formidables tropas, acomete la más atrevida empresa de su época, vence en innúmeras batallas, domina á los unos, independiza á los otros, arrasa y funda pueblos, sujeta á su carro triunfador á griegos, persas y egipcios, hace temblar á la India y juega á su arbitrio con los destinos de hombres y razas; pero, en cambio, qué delirios de megalómano, cuánto delito como el incendio de Persépolis, cuánta báquica orgía rematando las victorias, qué profunda anulación de la personalidad de áulicos y súbditos, qué insolente desprecio por el criterio ajeno, qué despotismo tan avasallador y tan cruel, y por último, qué trágico y repugnante final en esa

Babilonia corrompida, trocada en enorme mansión de placeres disolventes!

César, que se cree engendro de olímpicas divinidades y, con nimbo irresistible sobre su cabeza de guerrero, anula el poder de Syla y de Pompeyo, domina á las Galias, impónese á Roma, lleva su influencia á España y á Marsella, despedaza á sus enemigos en Farsalia, *vá, ve y vence* en el Bósforo, cuenta batallas por miles, conquista pueblos por centenas y hasta se permite el lujo de conceder derechos cívicos á los bárbaros y repartir tierras á los desheredados; César, no se detiene ante ningún acto de crueldad ni se espanta por extorsión alguna. Después de Aduato vende á cincuenta y tres mil hombres como esclavos, y en Avárico sacrifica á cerca de cuarenta mil enemigos indefensos.

Pesado resultaría este desfile de hombres excepcionales, pero terribles, cuyas acciones dan derecho para preguntarse ¿cuál habría sido su papel si las circunstancias no los hubieran colocado á la cabeza de grandes pueblos ó de grandes ejércitos?

¡Y qué áurea, qué pura, qué inmaculada no surge de la comparación la responsabilidad de San Martín!

No era el libertador americano de los que «rompen el hacha cuando ya no les sirve para herir», ni menos cae en la clasificación de aquellos seres que, como Carlos XII de Suecia, han merecido el epíteto oprobioso de Atilas extraviados, «que hacen la guerra á modo de gimnasia, por pura necesidad de temperamento». A San Martín, antes que á nadie, corresponde este concepto del historiador inglés: «halló el camino de la gloria sólo porque acertó con él por la senda del deber», concepto justísimo que podría completarse con el que ya mereció el príncipe de Condé: «su pensamiento consistía en hacer el bien; dejaba venir la gloria en pos de la virtud.»

De igual manera que Marco Aurelio mandó construir en el *foro* un templo á la bondad, San Martín rindió á la bondad algo de culto religioso; y es que tanto en el capitán argentino cuanto en el emperador romano había un fondo de viril estoicismo. Mas, si Marco Aurelio fué el justo de Horacio sentándose sobre las ruinas del Universo, según la hipérbole de uno de sus biógrafos, San Martín fué el

justo de la nueva era iluminando con la antorcha de la libertad las sendas de un mundo que se levantaba!

Todos han de convenir conmigo en que el hijo de Yapeyú, el ínclito americano que por uno de esos caprichos antitéticos del destino, tuvo su cuna en este remoto y modesto lugar de la República, tal como el cóndor nace por lo común en paraje sombrío y agreste de alta y solitaria región; todos han de convenir conmigo en que San Martín constituía efectivamente un *super-hombre*, entendiéndose por *super-hombre* «el foco que expresa y concreta las aspiraciones, los sentimientos, las ideas y las tendencias de una época, y, á su vez, también es fuente de influencia para los que han de venir, por lo nuevo que formula y sugestiona en las teorías que emite ó en los actos que practica.»

Somos dueños de creer, ó no, con Lamartine, que por falta de un grande hombre se puede perder todo un siglo; pero nos está vedado poner en duda siquiera la influencia de los grandes hombres en la vida de la humanidad. Si no, ahí tenemos frente á Beocia, Atenas, y frente á Cartago, la Roma heroica. ¿Quién sin incurrir en doble error, porque es error de la inteligencia y error del corazón, ha de sostener que no fué determinante irreemplazable de la independencia americana el genio de San Martín?

Poseía el prócer argentino esa particular sugestión que domina á los demás hombres, que unifica sus ideas, que acrecienta sus fuerzas, que los conduce á la realización del fin buscado, sin que pierdan la conciencia de sus actos, pero movidos como por un sobrenatural y mágico resorte interno.

Él adivinó, presintió la ley por la cual todo ser marcha en la dirección de la mayor energía y de la menor resistencia, y á eso debió, en parte considerable, el secreto de sus legendarios triunfos. No atropelló los acontecimientos, no los violentó, no los dislocó; les señaló rumbos, les abrió cauces, les obligó á concurrir al éxito feliz de sus geniales proyectos.

Previsor hasta el extremo, nunca los sucesos lo tomaron de sorpresa, nunca se produjeron sin que su cálculo director los hubiera consultado. Su máxima militar estaba encerrada en esta fórmula: temer el desastre para impedirlo. Otros capitanes de fantasía calenturienta jamás contaron

con la derrota como elemento de sus decisiones, y por eso sus victorias se consumaban entre ríos de sangre y sus reveses eran irreparables.

La reorganización de las huestes libertadoras después del desastre de Cancha Rayada y el rechazo de los planes de Cochrane para invadir Lima tras el apresamiento de la *Esmeralda*, aparejan la demostración más clara de las relevantes dotes militares de San Martín. Hombre menos hábil en el arte de la guerra, ni cosecha á raiz de aquel desastre los laureles de Maipo ni tiene entereza suficiente para resistir la fascinación de la victoria naval del Callao, y habría, en el primer caso, apelado á la retirada, y en el segundo, invadido la ciudad de los virreyes entre plomo y pólvora, no como lo hizo, sin disparar un solo tiro ni derramar una sola gota de sangre.

El paso de los Andes por San Martín se ha comparado, repetidas veces, con el paso de los Alpes por Aníbal, y se ha supuesto, al hacer la comparación, consagrar en forma hiperbólica la fama del libertador americano; pero no se ha tenido en cuenta que si el guerrero cartaginés quedó con sus legiones diezmadas al concluir su riesgosa travesía, el guerrero argentino llegó á Chile con sus ejércitos intactos.

San Martín, es claro, adquiría en medio de los combates, la fiereza indómita que conduce al triunfo, y que tanto nos acerca á nuestros remotos progenitores; mas, calmado el paroxismo de la lucha, concluída la tormenta carnicera, en los períodos normales, tranquilos, nadie igualaba la serenidad augusta de su espíritu, nadie excedíale en reflexión, nadie superábale, tampoco, en varonil gentileza ni en altruista desprendimiento.

En mi patria tuvo anchísimo campo para haber revelado indicios de prepotencia y de egoismo, si su corazón no hubiera sido tan noble y su espíritu tan bien templado, porque dueño, como era, de la gratitud sin límites de los peruanos, pudo haberla utilizado en cualquier género de justificadas aspiraciones. Sin embargo, ese hombre, cuyos labios nos dieron el credo de libertad, prefirió renunciar á todos sus honores y prerrogativas antes que ser, ni ligeramente, motivo de discordia, antes que dificultar en modo alguno la obra de la independencia de América.

Hasta los que se ha dado en llamar errores del fundador

de nuestra autonomía, hasta esa resistencia para aceptar, sin reservas ni quitas, un cambio brusco en la forma de gobierno, en la constitución interna de estos países, encuéntrase explicable y acusa la posesión de un alma superior. Carlyle acierta cuando dice: «Caso triste y hasta trágico para todos nosotros este de vernos obligados á derribar y destrozar las imágenes de los antiguos ídolos; pero mucho más trágico y más triste para el hombre grande, por aquello de ser mucho más hombre que nosotros! Todo ser débil se lanza con espasmódica vehemencia á la realización de sus propósitos sin dar oídos á la voz de la prudencia ni al sentimiento de la compasión, que es sentimiento conservador.»

La humanidad raras veces se decide á romper unas cadenas para cambiarlas por otras, aun cuando el fenómeno no sea irrealizable del todo; pero de ahí á las alteraciones radicales que afectan lo íntimo del organismo, la esencia de la personalidad, hay enorme trecho. Una cosa es quitar al esclavo sus grilletes, otra cosa es lanzarlo á nado, en medio de mares desconocidos y borrascosos. La naturaleza,—esto es obvio,—no avanza á saltos, y el hombre no es una excepción de la naturaleza.

En la mayoría de los casos, si el siervo llega á borrar las huellas externas de su servidumbre es para pasar á la licencia, y ya se sabe que la licencia engendra la tiranía. Así se explican las oscilaciones de nuestra tumultuosa vida autonómica en tres cuartos de siglo. Mucho ha sido necesario batallar, mucha sangre ha tenido que correr, muchos calvarios hanse levantado en nuestros fecundos y poéticos campos antes que se extinguieran,—si es que se han extinguido,—los efectos de la precipitación reformadora.

De otro lado, San Martín pensaría, y con sobrado motivo, que es la libertad como la Helena del poema griego: «ni la vejez la marchita, ni el tiempo se atreve á atacarla. Imagen viva de la belleza ideal, el hombre puede mancillar sus formas, pero no su tipo eterno.»

Al descender á los detalles íntimos de la vida de San Martín, qué cierto encontramos aquello de que no existe nada insignificante con relación á los grandes hombres. Una palabra suya equivale á su historia; un hecho cualquiera, ocioso para los ojos vulgares, nos descifra la clave

de muchos magnos episodios ó nos descorre íntegro el velo de los fenómenos psíquicos en el personaje que estudiamos.

El altísimo valor moral de San Martín, su desprendimiento y su generosidad proverbiales refléjanse, así en una sola anécdota, en esa anécdota que no ha mucho publicó, en forma de interesante *tradición*, un prosador argentino. La pintura del viejo vencedor de cien batallas regalando á su ñetezuela, para hacerla cesar el llanto, la cinta de la medalla de Bailén es, sin disputa alguna, la pintura más acabada de humana perfección.

Y no se replique que aquello expresaba desdén por las glorias legítimas ni hastío de la vida ni siquiera protesta contra olvidos é ingratitudes. No; San Martín amaba el pasado; lo amaba y lo restauraba de continuo con el calor de sus afectos patrios. ¡Cuán hermoso, cuán homérico no se nos presenta en esa tarea de dios olímpico que se imponía con frecuencia, allá en su destierro, pulimentando sus arreos marciales, sus armas y sus medallas!

«¿Para qué sirve la gloria si no basta á detener la lágrima de un niño?» Esta frase del libertador, pronunciada en el ostracismo, lejos del suelo patrio, tiene unción apostólica, y nos obliga á recordar á Sócrates ó á Severo. San Martín pudo decir, como el último, «todo lo fuí y de nada me sirve» (*omnia fui nihil prodest*). Empero, el reproche que formula contra las injusticias humanas asume el carácter de una obra de piedad y toma sello de sentencia filosófica.

El dominio que su clara inteligencia y su espíritu superior ejercían sobre las cosas y los seres, quedó también evidente en la intencionada frase con que engalanó el album de un joven compatrioto suyo: «Los hombres juzgan lo presente según sus pasiones y lo pasado según la verdadera justicia.»

Quien de tal manera racionaba no debía de sentir tedio ni inquinas ni rencores. Veía deificada en el futuro su obra excepcional. Presentía este tributo que la América viene á rendirle en el lugar donde sus ojos miraron, por vez primera, la luz del sol argentino. Quizá si, cual en los éxtasis místicos, escuchaba desde amorosas lejanías, los coros de alabanza que hoy se entonan para glorificarlo.

A ciertos criterios que pretenden la originalidad en todo,

hasta en lo que la originalidad toma contornos delincuentes, ha de parecerles, tal vez, que estas fiestas en homenaje á la autonomía americana y como apoteosis de nuestro impecable libertador, tienden á reducir los horizontes de la actividad humana, encerrándolos en marcos localistas. No importa. Nos queda el derecho de replicar con Mantegazza: «mientras existan las naciones, mientras las lenguas humanas se cuenten por millares, mientras la mitad de nuestra especie no pueda entender á la otra mitad, mientras entre un hombre y otro adviértanse enormes diferencias, el amor de patria no se discute, se siente; y un pueblo es tanto más grande cuanto es en él más y más ardoroso y universal este sentimiento. Maldito el cínico que pregunta: ¿y qué cosa es la patria?»

Y todavía podríamos reforzar esta réplica repitiendo, con Bouget, que «no es cuerdo confundirse con los cosmopolitas *fin de race*, consumidores de una herencia de fuerzas acumuladas por otros, dilapidadores de un patrimonio biológico de que abusan sin aumentarle»; que lo que nos conviene es centuplicar nuestro patrimonio, afinar nuestras aptitudes, estrechar nuestros vínculos de unión, formar una gran confederación intelectual y social, si acaso no política, y prepararnos para recibir, á su debido tiempo, el cetro de supremacía que corresponde á los más vigorosos y á las más sanos.

Señores:

Perdonad si he abusado de vuestra benevolencia demandando por tiempo excesivo vuestra atención, y permitidme que, después de hacer entrega oficial de esta placa que simboliza la imperecedera gratitud de todos los peruanos hacia el invicto San Martín, concluya los conceptos que os habéis dignado oirme, con la paráfrasis de una alegoría de Carducci.

Si, señores, permitid que dedique al héroe argentino la bella imagen que el tribuno italiano dedicara á un héroe de su patria. Permitid que os diga: Diariamente, cuando el sol se levanta sobre los Andes entre las nieblas de la mañana y cuando cae tras los vapores del crepúsculo, dibújase en lo alto de esas enormes masas, de acre y recia

vegetación, una hermosa figura de guerrero que empuña entre sus manos flotante enseña, cuyos colores celeste y blanco confúndense con los colores de las brumas que la envuelven. Los viajeros que atraviesan tales zonas contemplan el fenómenos sorprendidos y dicen á sus hijos: es el libertador de tres repúblicas que vela por la suerte de la América y por la gloria de su patria desde la cumbre de los Andes!

Discurso del Doctor Alberto del Solar

REPRESENTANTE DEL EJÉRCITO DE CHILE

SEÑORES:

Nunca me sentí, señores, tan oprimido y abrumado como ante estas dos grandezas, la investidura que se me discierne y la circunstancia en que la desempeño; por un lado el honor de representar al ejército de mi patria, por otro la contemplación de ese venerado bronce, que tres repúblicas hermanas coronan y bendicen á la vez.

El rumor de las muchedumbres, el son de parches y clarines, el estruendo de las salvas, el flamear de las banderas; estos entusiasmos y alborozos que ponen brío en el pecho y fuego en la mirada; estos *hosannas* entonados por el patriotismo en loor de los grandes héroes nacionales, han tenido siempre la virtud de conmover el alma haciendo enmudecer la voz. El labio balbucea cuando el corazón se inflama!

Pero, sobre las emociones del hombre, están, señores, en este caso, los deberes oficiales. No me es posible olvidar

que he venido aquí á dar cumplimiento á una misión militar: rendir homenage, en nombre del ejército de Chile, al que fué su capitán general á principios del siglo y contribuyó en alto modo á fundar su tradición de gloria...

Tiempo ha habido, entre tanto, para que se cumpla entre nosotros esa suprema ley de la historia, que tiende á probar el temple de los hechos por la posibilidad de abatirlos, mediante la oposición de otros hechos aparentemente contradictorios. La verdad, luminosa siempre, resiste á la prueba y sale de ella triunfante. Rencillas, enconos, pasiones caldeadas, intereses secundarios en lucha, pudieron ocultar entre nubarrones de discordia nuestra vieja amistad de hermanos. Hoy ¡loado sea Dios! las nubes se han deshecho, despejado está el horizonte, y en el cielo, por sobre los Andes nevados, ha surgido de pronto un inmenso arco iris cuyos extremos se apoyan en dos océanos. Y, envueltas en toda esa luz, cual figuras centrales de dos apoteosis concurrentes, al pie de los viejos árboles de la histórica alameda de Santiago, como entre las tradicionales palmeras de Yapeyú, las dos estatuas que perpetúan ante la posteridad la memoria del gran Americano.

Durante ocho lustros, señores, si no más, los rayos ardientes del sol y las heladas brisas de nuestra cordillera han ido cubriendo de un verde gris que conserva y no destruye el bronce de la estatua ecuestre erigida por la gratitud de Chile en honor de San Martín.

Cuarenta años hace ya, también, que van los niños de generación en generación á admirar como enarca el cuello y hiere el polvo de la llanura con su casco de bronce—la crin al viento, en fuego la mirada—el caballo sobre el cual destácase gallarda y gentil la silueta del héroe, en cuyo brazo se alza la bandera de Chacabuco y Maipo.

¡Cuarenta años que en las festividades gloriosas de mi patria desfilan por frente á ese monumento, camino del Campo de Marte, con las armas al hombro y al son de músicas guerreras, los batallones de nuestro ejército, al cual de ese modo, después de casi un siglo, sigue todavía pasando revista de honor el ilustre San Martín!

El actual homenage de nuestros soldados no es, pues, señores, sino la ampliación del que tributó un día un pueblo entero á su libertador, en prueba de que se conserva en él

intacta la soberbia característica de nuestra gran familia americana: la hidalguía en el recuerdo.

¿Y cómo no rendir tales homenages al que en la edad homérica de nuestro continente logró encarnar en sí todas las virtudes necesarias á los próceres de su época?...

El soldado, venido al mundo entre las palmeras americanas, regresa de la vieja Europa al suelo que lo vió nacer. Aquí le aguarda impaciente la victoria, cuyo carro de hierro tendrá él mismo que construir á fuerza de ingenio y de viril pujanza. ¡Vedle entonces luchar día y noche con las dificultades de todo género que obstruyen su tarea! Mendoza es testigo de ese combate de titán. No basta al guerrero, ya ilustre, concebir el pensamiento de cruzar los Andes para atacar al enemigo en el núcleo de su poder. Le es forzoso estudiar á fondo un vasto plan, vencer obstáculos, crear elementos, improvisar hasta los hombres que han de secundar la atrevida empresa. Todo, sin embargo, lo realiza su esfuerzo, y al cabo de algunos meses el pueblo de su mando se convierte en inmenso campamento militar con aspecto de taller. El genio de San Martín ha hecho maravillas. Los recursos necesarios están allí: desde el bizarro cuerpo de granaderos á caballo—que será su obra maestra,—hasta la fragua del padre Beltrán, cuyo fuego creador ha encendido y hecho chisporrotear el soplo poderoso de su aliento. El yunque forja el hierro, mientras funden los hornos el bronce mezclado con el oro de las joyas donadas por las damas mendocinas, ¡preciosa ofrenda que habrá de resplandecer dentro de poco en los botones de las casacas libertadoras!...

Listo, por fin, el carro de la gloria, ignoran hasta sus más íntimos por dónde lo lanzará su atrevido conductor, á renovar las hazañas llevadas á cabo por Aníbal contra Escipión, por Constantino contra Magencio y por Bonaparte contra los enemigos de su grandeza naciente.

Tras de Chacabuco, San Martín y O'Higgins se dan el abrazo que sella para siempre la primera y más grandiosa alianza que viera el nuevo mundo.

El heroico asalto de Talcahuano consolida esa alianza y da ocasión á que fraternicen vivaqueando juntos, al calor de fogatas que reflejan sus resplandores sobre las aguas ensangrentadas del Pacífico, los dragones de Freire con los granaderos de Zapiola.

¡*Cancha Rayada*—la «noche triste» de nuestra historia—pasa como una horrible pesadilla! Maipo la sigue. Es el despertar del día que hace cesar la angustia de los corazones.

La sangre con que O'Higgins ha teñido el campo del glorioso desastre anterior, clama aún venganza. El ejército unido se refuerza con elementos formidables de combate. El general en jefe conserva su sencillez característica, sigue rehusando honores, desdeñando escoltas y guardias pretorianas. No permite que la ambición murmure á su oído promesas perturbadoras. Y, sin embargo, su prestigio es tal, que basta á sus soldados la vista del sencillo bicornio que los ha conducido á la victoria, para infundirles el mismo entusiasmo que producía entre los suyos la aparición del penacho arrogante de Enrique IV ó el capote gris de Napoleón.

Pero la obra del genio no está coronada aún: Chile, cuyo pabellón flamea soberano al tope de los mástiles de su ya gloriosa escuadra, mandada á la sazón por un héroe de fama universal, va á tener la satisfacción de verlo flamear á su turno sobre las tiendas del cuartel general, pues el gran caudillo de la revolución americana—haciendo honor al pueblo que ha reunido elementos esenciales para llevar á cabo la expedición—lo adopta como insignia.

¡Momento supremo de la vida militar de San Martín! La terrible lucha interna que durante algunos días agitó su noble espíritu de soldado, no bastó á perturbar su conciencia de patriota. Se le había ordenado regresar á Buenos Aires, y él, con la visión clara de sus deberes y de los compromisos contraídos, se reservó el derecho de calificar la orden y juzgar de su oportunidad. ¡Roma—debió decirse, entonces, como Sertorio—no está ya en Roma, sino donde yo estoy! Por lo demás, señores, á veces el honor ordena dónde la ley prohibe.

Exhibió en aquellos momentos San Martín una de las más grandes cualidades de su espíritu: la viril energía al servicio de la decisión reposada.

La entrada triunfal del ejército expedicionario en Lima, da ocasión, por fin, al protector del Perú para demostrar á la posteridad que sabe ser tan buen legislador como guerrero. Restablece la justicia, afirma el derecho, ennoblece por donde quiera la idea revolucionaria, reacciona contra

la obra odiosa de la tiranía, organiza la administración y el comercio, y protege á los esclavos—esa desventurada fracción de la humanidad laboriosa, tan humilde como sufrida, que inspiró el número del patriota monje fray Cayetano Rodríguez y de donde brotaron á porfía los héroes del temple de Falucho.....

Después... ¡la melancólica despedida; la retirada en medio de la noche, la vuelta voluntaria al silencio y á la vida de los recuerdos, que iluminan la soledad!

¿Conoce acaso ya la historia los móviles que inspiraron la repentina y casi violenta resolución? La secreta entrevista de Guayaquil; el abrazo á Guido, mudo y triste como el misterio de la partida; el galope solitario al través de las llanuras y colinas limeñas envueltas aún en la sombra; el embarco en Ancón, sin más equipaje que algunas prendas de vestir y el histórico estandarte de los Pizarros—único trofeo que el libertador de pueblos oprimidos consintió en adjudicarse;—la vuelta á Chile, el repaso de los Andes, tras de cuyas cumbres se pierde por fin su silueta continúan siendo páginas de la vida de San Martín, que el paciente historiador contemporáneo se empeña todavía en descifrar en medio de la penumbra de lo vago y de lo incierto. No seré yo tan osado que pretenda en esta ocasión aclarar con el más leve resplandor el hondo arcano; pero antójaseme, señores, que el gran capitán de los Andes, amante como era del bien de la América, debió ver surgir ante su vista, en uno de esos instantes de recogimiento silencioso y casi sombrío en que solía abstraerse, el fantasma de una guerra fratricida, terrible y duradera, que hubiera renovado, quizá, por largos años en nuestro continente las sangrientas é interminables luchas civiles de la antigua era romana, entre los dominadores de los extremos continentales. Eliminad el móvil: el resultado habría sido el mismo: una Anardia sucediendo á una Cibalis. ¿A quién le hubiera tocado el melancólico retiro de una Nicomedia? ¡No! La otra visión opuesta, la visión luminosa del porvenir de una patria libre y feliz, de una América grande, fuerte y respetada; de una civilización en marcha majestuosa hacia el solsticio, en alas de la confraternidad, del trabajo y de la virtud cívica, determinó sin duda en el alma grande de San Martín la abnegada resolución de sacrificarse personalmente en aras

del bien común. ¡Qué ejemplo para las generaciones futuras!

Voy á terminar, señores, dando cumplimiento á la honrosa misión que se nos ha confiado. El ejército de Chile, que durante ochenta años de existencia ha sabido mantener incólume la tradición de gloria que le legaron en los campos de batalla sus dos grandes capitanes; que no empañó, ni empañará jamás con desdorosa acción los colores de su hermosa bandera, presenta hoy las armas delante de la estatua del vencedor de Chacabuco y Maipo, decreta en su honor una salva real, y deposita por nuestro intermedio esta placa de bronce, que habla de una confraternidad simbolizada por el viril homenaje que se tributan entre sí la fuerza y la fuerza, al servicio de la civilización!....

Discurso del señor Capitán de fragata Federico W. Fernández

REPRESENTANTE DEL CENTRO NAVAL

SEÑORES:

Hace más de un siglo que en este mismo sitio, vió la luz del día un niño predestinado á ser grande en la historia de América.

El mundo occidental corría á la revolución, por todas partes ardía esa tea que debía reducir á cenizas los viejos tronos, las tiranías de siglos, y con ellos, las vetustas preocupaciones de pueblos que habían vivido hasta entonces, alimentados sólo por aspiraciones estrechas, que no tenían otro origen que la ignorancia y el despotismo.

Los Estados Unidos de la América del Norte habían tirado su primer cañonazo en la lucha por su independencia, y

batallaban todavía por ella cuando San Martín vino al mundo.

Por todas partes soplaban vientos de revolución, pues pocos años más tarde la Europa se estremecía al toque del clarín de guerra, y batían también en Francia los tambores victoriosos de la revolución, tocando dianas á la libertad.

Algunos años antes del último cuarto del siglo XVIII, en que nació San Martín, parecía que el cielo había tomado por misión, enviar á la tierra como pléyade de estrellas luminosas, á todos esos hombres de que nos habla la historia con admiración, y que debían redimirla de la larga esclavitud porque había pasado.

Ese último cuarto de siglo fué el despertar de un mundo nuevo, fué todavía más que esto, fué el advenimiento á la vida libre é independiente, de una parte de la humanidad atada al yugo de la iglesia y de los tronos.

Salve! dijeron los pueblos á los mensajeros de luz y libertad, y todos se armaron para proclamarla después de la victoria.

Así ardieron en el fuego sagrado del entusiasmo patrio, el norte de la América, y una parte de la Europa, y la idea revolucionaria como la bola de nieve, crecía, y crecía siempre, sacudiendo las almas y exaltando las inteligencias.

Crecía también el niño nacido en Yapeyú, protegida su cuna por el Dios de la revolución, y cuando los resplandores de la revolución francesa iluminaron su frente con la proclamación de los derechos del hombre, el niño debió estremecerse, sintiendo los primeros presentimientos de su grandioso destino.

En los albores de este siglo que se acaba, nuestro gran Capitán vestía el uniforme del ejército español, en el cual aprendía, en sus luchas con los más aguerridos soldados de la Europa, la táctica y la estrategia del campo de batalla.

Como lo ha dicho el ilustre historiador del General San Martín, «éste nace en un pueblo obscuro de la América, que desaparece cuando él empieza á figurar en su gran escenario, al bosquejar su mapa político, y por eso no tiene más patria que la América toda.»

Quería el destino, señores, que su hijo predilecto naciera entre estos bosques seculares, en medio á la selva virgen,

para que su misma cuna tuviera el perfume de sus flores y el misterio de lo desconocido.

Fué el 25 de febrero de 1778, que nació á la luz y á la vida en este mismo sitio, este doble misionero, porque lo fué por el punto del globo en que nació, y por la misión que trajo.

El mundo sabe, señores, y más que él, nosotros los argentinos, cómo cumplió su misión el niño nacido en Yapeyú y que fué más tarde el General Don José de San Martín.

Desembarcaba el 9 de marzo de 1812 en el puerto de Buenos Aires, trayendo en su valija de viajero la espada libertadora de todo un Continente, esa misma espada que había servido—aberración del destino—á defender un trono.

Y regresaba á las playas de la patria, trayendo en su cerebro el plan de su emancipación.

No me es posible, señores, trazar en este instante la vida militar y política del General San Martín, que conocen todos aquellos que han recorrido las páginas escritas por su distinguido biógrafo, porque no puedo hacerlo dentro de los estrechos límites á que debo circunscribirme, y también porque esa vida es la historia misma de cuatro repúblicas, lanzadas á la existencia libre y democrática por la espada del gran Capitán.

Diré, pues, solamente, que el General San Martín cumplió su misión emancipadora en la América del Sur, con el mismo desinterés y con las mismas elevadas virtudes con que otro gran revolucionario y gran Capitán, conquistó con su espada para su patria, la libertad y la independencia: he nombrado á Jorge Wáshington.

Este último, arrastrado por su destino, y por el reiterado y vivo empeño de su país, ocupó la presidencia de los Estados Unidos y tuvo la gloria de recoger personalmente los frutos de sus victorias; pero San Martín, señores, una vez vencido el dominio español, buscó un retiro á tres mil leguas de la patria, temiendo que su presencia en ella pudiera ser un obstáculo á su organización política.

Este misionero sublime, después de cubrirse de gloria en los campos de batalla, fundando la independencia de cuatro naciones, pidió á la obscuridad y al silencio, paz para su espíritu y reposo para su cuerpo, no teniendo ni siquiera la

satisfacción de exhalar su último suspiro, en el suelo de esta patria que tanto habia amado.

Señores: el Centro Naval, compuesto de casi todos los miembros de la marina nacional, en todas sus jerarquías, me ha hecho el honor de designarme para que lo represente en este acto, y en su nombre, me cuadro y saludo militarmente en este momento solemne y en este sitio histórico por más de un concepto, á la gloria más grande de nuestra patria, y á la más pura de la América del Sur, al General D. José de San Martin.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Teniente Coronel D. Cornelio Gutiérrez

EN REPRESENTACIÓN DEL CLUB MILITAR

SEÑORAS:

SEÑORES:

Hasta no ha muchos años en Buenos Aires, congregábanse diariamente á la hora del crepúsculo, al pie de la estatua del libertador algunos venerables ancianos. Cuando las bandas lisas de las tropas acantonadas en el histórico cuartel del Retiro gemian las notas dolientes, conmovedoras del toque de oración, aquellos hombres de cabello blanco y austero continente ponianse de pie, fijaban sus ojos en el bronce que parecia atraerlos, y saludando militarmente murmuraban palabras que nadie me ha sabido repetir...

Eran los héroes de cien batallas, eran los libertadores de un mundo, eran los últimos veteranos de aquellos ejér-

citos que pasearon la América redimiendo pueblos, que, ya agobiados por la edad y separados de su general por la muerte, conservaban á despecho del tiempo y de toda clase de vicisitudes, el profundo respeto que por el héroe adquirieran en el inolvidable campamento del *Plumerillo*, al pie de los Andes, punto de partida de la inmortal cruzada...

Ya se han ido, señores; ya duermen, como el caudillo egregio, el sueño del que no se despierta: ya no escuchan al pie de la estatua de bronce la oración de los héroes... pero la estatua no ha quedado sola. Nosotros hemos reemplazado á los respetuosos y venerables ancianos en el homenaje, en el cariño, en la gratitud; y sin sus méritos, sin sus derechos singulares y especialísimos, pero animados como ellos, de sentimientos superiores, nos cuadramos ante la majestuosa efigie del Héroe y alimentando la ficción de que nos escucha desde las alturas de su gloria, también le decimos: *Presente, mi General!*

Por eso estamos aquí los militares argentinos obedeciendo solícitos al llamado de los glorificadores; por eso estamos aquí en la hora solemne de la apoteosis, aportando nuestro modesto tributo á esta fiesta de la Patria de San Martín *el Grande*. No pueden acudir todos, porque los ata el deber del momento, las exigencias ineludibles del servicio; pero delegaron, por el voto del Club Militar, su representación en nosotros, acordándonos un honor insigne de que yo y mis nobles compañeros, Teniente Coronel Fascio y Mayor Guido, nos sentimos legítimamente ufanos.

De todos, he sido el más favorecido, mereciéndolo menos, el encomendárseme traer la palabra en el acto de cumplir la honrosa comisión de depositar al pie de este monumento simbólico de la gloria más pura, la página de bronce en que mis hermanos de armas han escrito con caracteres perdurables y en breve frase, el tesoro de admiración que conservan por el hombre extraordinario que dió á la libertad millones de esclavos, al concierto de las naciones nuevas soberanías, á su patria los prestigios de la gloria más alta, y á los fastos del ejército libertador argentino, sus hechos más lucientes en la más noble y grande de sus cruzadas!... Y es en nombre de mis hermanos de armas, de los que como yo visten el uniforme austero del soldado

y militan bajo la bandera inmaculada, que depongo esta ejecutoria de metal de su más puro homenaje á las plantas del Libertador, cuya severa efigie, modelada en el bronce, pregona la gloria, se levanta de hoy en más en esta tierra sagrada en que se meció su cuna, tierra que calienta más que el sol tropical que la baña con sus haces de fuego, el fuego del patriotismo que arde inextinguible en el corazón de sus heroicos hijos.

SEÑORES:

No quiero dar por terminado mi cometido sin explicaros por mi y por mis representados, el significado que damos á este acto de justiciera glorificación del primer veterano del ejército argentino, que desborda los límites estrechos de la gloria puramente militar para saturarse en la que constituye la grandeza de los benefactores de la humanidad, de los apóstoles de la idea, de los heraldos y batalladores de la justicia y del derecho, de los civilizadores en fin, que han honrado á la humanidad y á quienes ésta bendice.

Ciento veinte y un años hace que nacía en este pueblo, cuyos destinos regía su padre, modesto capitán español á la sazón, el niño José Francisco de San Martín, que ocho años después abandonaba las riberas del Plata para nutrir su inteligencia en los institutos científicos de la Metrópoli, de cuyos beneficios no podía gozar entonces la Colonia desventurada. Le acompañaban en la emigración de la tierra natal sus dos hermanos que, como él, tomaron servicio en el ejército real, pero que, á diferencia de él, permanecieron fieles á la madrastra, dando la espalda por siempre á la desvalida madre.

Veinte y seis años después regresaba á los patrios lares, descargados sus hombros del peso de las charreteras de teniente coronel español que bien había ganado en veinte batallas, en Africa, Francia, Portugal y España, en algunas de las cuales, como Bailén y Arjonilla, se distinguiera especialmente. Todo lo había abandonado menos el corvo sable libertador con que debelaría á los tiranos en el teatro más vasto de operaciones que recuerda la historia militar del mundo y dentro de cuyo inmenso circuito fundaría, sobre las ruinas del absolutismo real, la soberanía de va-

rios pueblos que hoy le contemplan y le aclaman grande entre los grandes.

Él lo ha dicho, señores, en el parco lenguaje que le era habitual: «Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir á su libertad.»

La modesta ciudad que dejaba un cuarto de siglo antes adormecida á orillas del Plata anchuroso, le recibió con los brazos abiertos. Un presagio feliz dió vuelo á sus esperanzas... El gobierno revolucionario se apresuró á alistarlo entre sus valientes y le autorizó á fundar un cuerpo de caballería. De su concepción y su esfuerzo brotó el inmortal regimiento de «Granaderos á caballo», de composición tan absolutamente nacional que en el primer combate que sostuvo fueron representadas todas las provincias argentinas por sus muertos ó heridos, circunstancia que ha hecho decir á un ilustre historiador que parecía se hubiesen dado cita en aquel campo de batalla sus más valientes hijos, para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte. Ese cuerpo, vosotros los sabéis, dió á la República más generales y oficiales distinguidísimos que soldados tuvo su primer escuadrón; dió tantas victorias á la libertad como combates riñó con los enemigos y tanta gloria al ejército argentino en sus doce años de vida militar, que hasta hoy constituye la excepción y esto entre nosotros, que tratándose por la patria, la excepción es casi imposible!

El historiador á que he aludido, el benemérito general Mitre, ha dicho que «en el regimiento de Granaderos, San Martín creó el tipo de un ejército y el nervio de una situación, y bajo una disciplina austera que no anonadaba á la energía individual y más bien la retemplaba, formó soldado por soldado, oficial por oficial, apasionándolos por el deber é inculcándoles ese fanatismo frío del coraje que se considera invencible y es el secreto de vencer, demostrando la sencillez y originalidad de los medios puestos para alcanzar ese resultado, que sabía gobernar con igual pulso y maestría espadas y voluntades.»

Y ese cuerpo, señores, en cuyas filas decía su fundador que sólo contaba leones, nos dió á San Lorenzo primero, en las márgenes floridas del Paraná; quebró el nervio español en los muros de piedra de Montevideo; contuvo el empuje bravío de Pezuela en Vilcapugio y Ayohuma en las tardes sombrías de nuestra desgracia en el alto Perú; dominó las altas crestas de los Andes y sableó en Chacabuco á los opresores de Chile; lució sus sables en los morros de Talcahuano y fundó definitivamente la libertad de aquel país en los llanos inolvidables de Maipú; surcó el Océano y debeló á los tiranos del Perú, pasó al Ecuador y contribuyó á su redención; regresó al país de los incas de melancólico recuerdo, y dió el último golpe á la tiranía en las pampas de Junín y en la prueba final de Ayacucho!

Fué, pues, aquel regimiento de centauros el tipo de un ejército y el nervio de una situación: el molde donde se volcó la masa de acero que nos dió el ejército de los Andes, de esplendente memoria, libertador de Chile, del Perú: el nervio poderoso que dió vida á soberanías que hoy ocupan sitial distinguido en el tablero político de América y son entidades entre las naciones libres de la tierra!

Pero vosotros que nos veis vestidos con el uniforme glorioso del soldado argentino y contempláis una espada colgando de nuestro cinto, creeréis, seguramente, que admiramos en San Martín al genio militar de vastas concepciones estratégicas y al maestro dominador de los principios tácticos, que meditaba campañas en el silencio de su gabinete y aseguraba la victoria, como consecuencia fatal de sus combinaciones, antes de librar la batalla; vosotros creeréis que nos deslumbra el soldado gallardo, el vencedor afortunado que paseó su carro triunfador por la extensión de América sembrando estragos en las filas enemigas y de laureles su camino.

Si tal creyerais os equivocaríais; y es obedeciendo á esta temerosa sospecha que os dije que no quería dar por terminado mi cometido sin explicaros el verdadero significado que á nuestro juicio condensa este acto de justiciera glorificación del primer soldado del ejército argentino.

Como hombre de guerra respetamos su memoria y admiramos su genio. Inclinamos la frente ante el maestro y alguna vez hemos lamentado de veras que los principios

disciplinarios de su escuela fecunda hayan sido relegados entre nosotros. Pero lo que arrebata nuestra veneración toda para zahumar con su más pura esencia el pedestal altísimo en que lo ha colocado el juicio de la posteridad, son sus clarísimas virtudes de soldado ciudadano respetuoso de los derechos de los pueblos á cuyo servicio se puso con abnegación inimitable, sin hacer pesar jamás sobre ellos ni sus ambiciones personales, que pudo alimentarlas muy justificadamente, ni sus prestigios de guerrero triunfante, ni su gloria de libertador.

Como guerrero podrá ser inferior á Napoleón; pero fué tan afortunado como Bolívar; más, como ciudadano armado, como el tesoro de libertades y derechos de los pueblos, sólo es comparable á Wáshington. Por esto nos inclinamos, bajando á la majestad de su gloria nuestras espadas de hombres de guerra y nuestras frentes de ciudadanos de un pueblo libre, ante su figura colosal de *Libertador*, creyendo que las lenguas de fuego de la *verdad* y de la *justicia* inspiraron al chileno Vicuña-Mackenna cuando le declaró, con fe de convencido, *el criollo más grande del nuevo mundo!*

Espíritu superior, jamás el mando le sedujo ni mordió su corazón sentimiento ambicioso incompatible con sus virtudes austeras. En Buenos Aires abandonó sin esfuerzo á un émulo afortunado, el campo de la política lucrativa para ir á los reales lejanos del ejército á madurar sus proyectos de campañas continentales. El Congreso de Tucumán le consideraba uno de sus candidatos predilectos al gobierno supremo y renunció noblemente á todo trabajo que no fuera por la independencia del país, empresa que consideraba digna de los hombres de coraje. En Chile, vencedor de los Andes y domador de leones, el pueblo le señalaba el primer puesto en la magistratura, y le contestaba sin hesitar: he venido á libertaros, no á gobernaros... Sólo en el Perú, y cediendo á las imposiciones premiosas de las circunstancias, asumió el mando supremo en tanto se reunía el Congreso Nacional, representativo de la soberanía, ante cuya majestad depuso la autoridad de que transitoriamente se invistiera, aceptando después de todos los honores que la gratitud le acordara, únicamente el título, muy preciado, de *fundador de su libertad*... Y á Bolívar,

el coloso colombiano, le cedía sin violencia la palma y el laurel que le pertenecía y que pudo disputarle con la metralla de sus cañones y la fuerza incontrastable de su derecho...

Es que San Martín, señores, creyó en todo lo que levanta á la humanidad sobre su propia miseria: creyó en el pueblo y se inclinó siempre respetuoso ante su majestad soberana, miró al porvenir y confió en nosotros, y esto constituye precisamente su grandeza moral. Si tales y tan lucientes virtudes no le acompañaran en la vida, si á tales principios no hubiera rendido pleno homenaje, hoy no sería lo que es, en nuestro concepto hoy estaría á más bajo nivel que el fundador de la democracia norteamericana. No merecería esta apoteosis, su cabeza sería iluminada por los rayos muchas veces ofuscantes de la gloria militar, pero no alumbraría su hermosa cabeza la aureola serena, apacible, que clarea la frente de los justos!

Es en momentos como éste que debemos vocear la conducta que informó su vida política, no sólo porque es enseñanza siempre proficua, sino porque justifica plenamente el merecimiento, la justicia de glorificaciones como la que hoy conscientemente ejecutamos en el palmo de la tierra en que lanzara su primer vagido y ante la faz de millones de hombres que pueblan la América libre, que nos acompañan seguramente con su aplauso, porque gozan sin relatos, el benéfico producto de la cruzada redentora de que fué el primer apóstol. Nada más brillante, noble y aleccionador que su conducta política en el Perú, por ejemplo, que fué teatro último de su acción emancipadora; nada más hermoso que los principios á que rindió culto y observó lealmente en beneficio de los pueblos y con lustre de su reputación sin sombras.

«Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú», decía al Congreso Nacional en 1822 en el acto de instalarlo, «no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los Peruanos es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representados...» Y renunciando á todo mando futuro, agregaba:

«El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos... Mi gloria está colmada cuando veo instalado el Congreso Constituyente: en él dimito el mando supremo que la necesidad me hizo tomar. Si mis servicios á la causa de América merecen consideración al Congreso, yo los represento hoy sólo con el objeto de que no haya un solo sufragante que opine por mi continuación al frente del gobierno.» Su última palabra á los peruanos tiene el sello de su desinterés personal y el de la fe que depositaba en la posteridad: «Presencié la declaración de los estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra .. En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas dividirán sus opiniones: los hijos de éstos darán el verdadero fallo.»

Y se alejó por siempre, señores, de aquel teatro de sus glorias que abandonaba con admirable abnegación y sin amarguras á un rival afortunado en cuyas manos depositaba la espada de Chacabuco y de Maipo para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sudamericanas.»

Pudo luchar, pudo disputar al vencedor de Carabobo y Boyacá la gloria de consumar la independencia de aquel país dentro de cuyos límites no cabían los dos. Pero prefirió la propia inmolación y la ejecutó con serenidad y reposo, colocándose desde ya en el juicio de los tiempos muy por arriba de aquel. A su noble amigo el General Guido, se lo dijo: «Bolivar no excusará medios para entrar al Perú y tal vez no pudiese yo evitar un conflicto dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los enemigos Eso no!—Que entre Bolivar al Perú y si asegura lo que hemos ganado me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será San Martin que dé un día de zambra al enemigo.»

Entonces escribió aquella carta á cuya lectura debió sentirse pequeño el gigante de Colombia: «Mi partido, general Bolivar, está irrevocablemente tomado. He convocado al primer Congreso del Perú y al día siguiente de

su instalación me embarqué para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. No dudo que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará su activa cooperación y pienso que no podrá negarse á tan justa demanda... Le he hablado con franqueza, general; pero los sentimientos que esprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio: si llegasen á traducirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.»

Y envainando el corvo sable, despojándose de los atributos del poder, se alejó para siempre de aquellas playas, detuvo su paso de peregrino en su Mendoza inolvidable, donde hizo vida de modesto chacarero – y poco después tomaba el camino del ostracismo é iba á morir en tierra extranjera, fijo en la patria su último pensamiento.

Fué perseguido por la calumnia que le colmó de infames procacidades, pero confiando en el juicio de la posteridad á que se había remitido, no levantó jamás su voz para defenderse ni vindicarse, como pudo hacerlo, y hasta en esto fué grande, generoso y altivo

Sólo una vez habló en este sentido, sólo una vez, señores, y eso volcando confidencias en la reserva de la amistad. Acusado por Bolívar en presencia del general Miller de haber pretendido coronarse en el Perú, contestaba á éste en términos que ha hecho conocer ha muy poco un historiador argentino.

Al general francés que, mimado por Napoleón, fuera expulsado del ejército de los Andes, le acusaba de estar ébrio en Maipú, contestaba la justicia póstuma de los Chilenos por la voz de Vicuña Mackenna con este gallardo apóstrofe: Imbécil! Estaba borracho de gloria!

Al almirante inglés que le acusaba de ladrón contestaba la justicia póstuma de los Argentinos por la voz de Mitre, publicando las cuentas de gastos del Libertador en que constaba que hacía remendar sus botas de granadero y su falucho de general cuando tenía en sus manos todos los tesoros de un pueblo agradecido!

Al político peruano que le retrataba con faz abominable, contestaba la justicia póstuma de los Peruanos por la voz de Paz Soldán. «Declaramos ante el universo que San Martín es el más grande de los héroes, el más virtuoso de los hombros públicos, el más desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza, y á quien el Perú, Chile y las provincias argentinas, le deben su vida y su ser político: que San Martín á nadie injurió, que sufrió con cristiana resignación los más inmerecidos ataques, aún después de retirado á su vida privada; de su boca no salieron revelaciones que mancillaran la honra ajena, ni de su pluma se deslizó el corrosivo veneno de la difamación: En todo esto es más grande que Bolivar y que Wáshington.

La voz de Brayer, de Cochrane y de Riva-Agüero, que no tuvo ni el coraje de éstos, de firmar sus imputaciones, lanzándolas á los vientos de la publicidad bajo el pseudónimo de *Pruvonena* ha sido contestada y ahogada por la voz potente de la América agradecida; y Chile y el Perú y la República Argentina han perpetuado en el bronce la figura exímia del hijo de Yapeyú, que de pie sobre el escenario americano y ungido por el juicio irrevocable de la posteridad sólo tiene en Wáshington un competidor de su grandeza moral!

Señores: Al dar por cumplida la honrorisima comisión de que hemos sido investidos, saludamos en nombre del Club Militar á los iniciadores de tan magna obra y al noble pueblo que hace justicia á sus hombres grandes:—descubriéndonos en respetuosa emoción ante la imagen de este ilustre prócer, de este benemérito Libertador, cuya memoria honran en este momento tres pueblos americanos!

He dicho.

Discurso del Mayor José C. Soto

EN REPRESENTACIÓN DEL «CENTRO GUERREROS DEL PARAGUAY»

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Cábeme el honor de venir en nombre del Centro «Guerreros del Paraguay» á depositar al pie del obelisco del héroe la humilde ofrenda con que un grupo de viejos veteranos concurre á esta fiesta de la gratitud nacional. Es una corona de laurel y roble, símbolos de la gloria y de la grandeza eterna, rasgos que caracterizan la figura histórica del varón ilustre, digno de Plutarco, que vió la primera luz en este sitio ignorado del continente que debía libertar.

Desde aquí levantó su vuelo de Aguila hacia la inmortalidad, llegando á colocarse á la altura de los genios de la guerra, realizando empresas temerarias, trasmontando montañas que sólo el genio de Anibal y Bonaparte fueron capaces de acometer en situaciones menos difíciles.

Cúpole en suerte, como elegido del destino, el más vasto escenario en que haya actuado un general americano, y su obra será eterna, porque fué abnegada, y en realidad grande, como correspondía á un libertador de pueblos, en quien se había encarnado el genio de América, para reivindicar en diez años tres siglos de dominación, monárquico-teocrática, á título de conquista.

Pero no voy á hacer la apología del héroe, ya juzgado históricamente en su obra.

Voy á hacer notar en nombre de mis compañeros: que su acción tutelar aun se manifiesta activa, á través de los

tiempos, triunfando de la muerte é imponiéndose á las generaciones presentes.

Voy á hacer notar que si las palmas y laureles que conquistó su espada, fueron múltiples y fecundos, lo es aun más el olivo de la paz que colocó en medio á la heredad de los pueblos que libertara, y que es, el respeto á su memoria el que acaba de interpretarse entre dos pueblos hermanos, de común origen, llamados á ser la esperanza y el porvenir de la libertad en América, que en un momento de ofuscación, habían olvidado la tradición legada por el autor de su advenimiento á la vida independiente, para aprestar febricientes; tal vez las enmohecidas armas de Maipo y Chacabuco, ennoblecidas por el genio del libertador, para esgrimirlas en lucha fraticida, no por los santos ideales de aquel tiempo, sino por un pedazo de tierra desierto y salvaje!

De este crimen, como lo ha clasificado el más grande de los argentinos de nuestro tiempo, nos ha salvado el ejemplo de abnegado patriotismo que nos legara el fundador de esta brillante constelación de repúblicas, que se congregan y hacen acto de presencia por medio de sus delegados para hacer manifestación de gratitud y admiración por el padre comun, en este lejano pedazo de nuestro territorio, alumbrado por el sol esplendente del trópico y perfumado por la flora de las selvas vírgenes, en que se deslizó la infancia, del que estaba llamado á ser el brazo de Dios, en el duelo á muerte entre los pueblos oprimidos que luchaban por emanciparse: y la monarquía de derecho divino que pugnaba por mantener su dominio en una tierra que estaba llamada á ser el patrimonio de la libertad.

Señores: En nombre de la institución que represento, resto glorioso de un ejército que fué en su hora histórica el continuador de la tradición, de libertadora de pueblos que le fué asignada á la República Argentina, por la acción misteriosa del destino, hago notar que fué uno de los suyos el iniciador de esta justicia póstuma; que su iniciativa encontró eco simpático en la juventud militar y en centros populares, en donde la mujer argentina conservadora del fuego sagrado de la antigua pira, le prestó el calor de su entusiasmo á esta obra: que nos revela, que aun no debemos desesperar del porvenir, porque

aun hay corazones que laten por el amor á la patria, perpetuando el recuerdo de sus héroes!

Manes de O'Higgins, de Soler, de las Heras, de Necochea! Ya vuestro General, tiene su columna votiva al pie de la selva que borda el magestuoso Uruguay en el mismo sitio en que se levantó, aquél brillante meteoro de la historia, que iluminó el continente con la luz de su genio para ir á extinguirse del otro lado del océano en el abnegado ostracismo de Boulogne sur Mer!

Discurso del Doctor Ramón A. Beltrán

EN REPRESENTACIÓN DEL COLEGIO NACIONAL DE CORRIENTES

SEÑORES:

En representación del Colegio Nacional de Corrientes, vengo también á unir mi voz en este torneo de brillante elocuencia, que marcará un acontecimiento transcendental en los fastos de nuestra historia contemporánea.

Nuestro querido Colegio, fiel á su tradición y de donde han surgido tantas inteligencias, honra y prez de la patria, muchas de ellas aquí presentes, no ha podido dejar pasar sin concurrir á esta fiesta del civismo argentino. Pero después de la palabra autorizada de los distinguidos oradores que me han precedido, qué podria yo decir, digno de esta apoteosis, digno de la efigie que entre vítores y dianas triunfales venimos á inaugurar para que quede como testimonio de justicia póstuma que rinde el pueblo argentino al coloso de la Historia Americana, cuya cuna se meció aquí mismo, en este mismo lugar, á la sombra de los *Samus*, de verdes palmeras y al arrullo de las ondas cristalinas del majestuoso Uruguay?

San Martín, el genio que esgrimió con su pujante brazo las armas de los libertadores, nos pertenece: un justo orgullo siempre se ha hecho carne entre nosotros y en tal sentido la provincia de Corrientes, ha sido la primera en saber honrar la memoria de su ilustre hijo.

Un gran estadista correntino, dos veces gobernador de este estado, hombre de inteligencia serena, de espíritu selecto, de ardiente patriotismo y que ha dejado una huella profunda en nuestra sociabilidad encauzándola por las vías del adelanto y del progreso, á quien le está reservado en tiempo no lejano un símbolo visible, el Dr. Juan Pujol, señores, ha sido el primer gobernante modelo, que supo honrar la memoria del Libertador de tres Repúblicas.

El 20 de Agosto de 1859 enviaba á la Honorable Cámara Legislativa de esta provincia un proyecto pidiendo el resurgim ento de este pueblo para nosotros venerado.

Se expresaba en estos términos: El gobierno interesado como el que más en conservar la memoria de los hechos gloriosos como la de los monumentos que ilustran la historia de la Provincia, no puede ni debe dejar de llamar la atención de V. H. sobre la importancia histórica y nacional de restablecer el antiguo y extinto pueblo de Yapeyú, lugar del nacimiento de uno de los más famosos caudillos de la Libertad Americana, el General San Martín, á cuya memoria la República de Chile agradecida acaba de erigir una estátua ecuestre sobre el mismo campo de sus triunfos.

Es quizá la más alta, más noble y más gloriosa figura que la historia de nuestra Independencia pueda presentar sobre sus páginas y ningún homenaje más digno pudiéramos ofrecer á la memoria de tan ilustre compatriota, como el de levantar de nuevo el techo arruinado de su hogar doméstico é impedir que el casco de las bestias continúe profanando el lugar de su cuna. Cuando el poder ejecutivo se dirige á la notoria ilustración y patriotismo de V. H., es por demás abundar en reflexiones sobre la medida propuesta y cuanta honra y merecido elogio se granjeará del pueblo argentino vuestra soberana resolución.

Algún tiempo después, aquel mensaje fué convertido en ley y este pueblo que pasó por las vicisitudes del incendio

y de la destrucción llevada á cabo por los portugueses el año de 1817, en los mismos instantes en que San Martin entraba á Chile cargado con los laureles de Chacabuco, fué reconstruido y augurado para él un centro de importante colonización, después de haber sido el emporio de las misiones jesuitas como refiere Azara.

Los anhelos del gran mandatario correntino se cumplieron como se cumplen hoy las aspiraciones de todos los que hemos tenido la dicha de nacer bajo la bandera gloriosa de Belgrano.

Aquí podrán venir las futuras generaciones á buscar raudales de inspiración, luz de libertad, valor, abnegación, patriotismo, austeridad republicana, en esta estátua que erigimos á la primera espada de la Independencia.

Ella se erguirá siempre gigante y esplendorosa al través de todos los tiempos y de todas las edades, velada por el fuego sagrado del cariño y de la veneración de todos los argentinos.

He dicho.

Yapeyú, Octubre 12 de 1899.

Discurso del señor Juan José Millán

REPRESENTANTE DEL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

SEÑOR REPRESENTANTE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA:

SEÑORES REPRESENTANTES DE LAS REPÚBLICAS DE CHILE Y DEL PERÚ:

SEÑOR GOBERNADOR, SEÑORAS, SEÑORES:

El Colegio Nacional del Uruguay, cuya representación invisto, no podía, sin mengua de su tradición, realmente histórica, faltar á esta cita solemne del patriotismo argentino. Y más meritoriamente, á un grupo de profesores y alumnos, hubiera sido acordado el insigne honor de la representación, si razones de un orden puramente escolar, dada la época avanzada del curso, no lo hubieran impedido. Para la juventud argentina, para los que mañana sentirán gravitar sobre sí la suprema responsabilidad de guardar un pasado de tanto valer y de fijar los rumbos nuevos que de día en día aparecen á nuestra vista en la complicada organización de la nacionalidad, este acontecimiento sería de transcendentalísima influencia, pues nunca el sentimiento nacional podrá acoger con demostraciones de más unánimes simpatías la apoteosis de otro ciudadano, ni un ejemplo de más vigoroso temple moral, ni de virtudes cívicas más esclarecidas, ni de una perseverancia y actividad más excepcionales, podrá presentarse, para ser digno objeto de imitación en lo porvenir. Como si todo el entusiasmo que la historia exalta en los que á su estudio se consagran, estuviera dispuesto á estallar en esta hora; como si la fibra patriótica, sensiblemente adormecida, renovara los denuedos viriles de otros tiempos;

como si el alma de cien generaciones esparciera en el ambiente un soplo de insuperable grandeza, que flota aquí, sobre este monumento, bajo el sol radiante y el cielo tropical, siéntese el espíritu invadido por emoción suprema y no podemos ocultar que algo más que esta obra artística percibe nuestra inteligencia, que el panorama bellísimo que rodea este suelo histórico, mueve poderosamente la fantasía y que á la sola evocación del nombre de este hijo preclaro de la América, hemos visto desfilar ante nosotros las memorables glorias que la patria debe al genio militar y al heroico corazón del Capitán General Don José de San Martín.

Considerada desde un punto de vista, absolutamente moderno, la revolución militar, consecuencia de la Revolución Social de 1810, lleva como característica un espíritu de magnanimidad asombrosa; y si admitimos que *la violencia de las rebeliones se halla siempre relacionada con la tiran a de los gobiernos que las ocasionan*, conclusión que Lord Macaulay deriva del estudio concienzudo de todo un siglo de trascendentalísimas conmociones mundiales operadas por el anhelo de independencia, no encontraremos otra causa á que atribuir la suavidad de aquella campaña inmortal, sino es al espíritu generoso del hombre que en primera fila dirigió los destinos de esa revolución.

El egregio fundador de la civilización militar americana, —el cruzado de los grandes principios proclamados por la conciencia humana á la luz de la razón y del derecho, escribía con la misma mano vigorosa que empuñaba la espada redentora, el sublime postulado de la confraternidad universal, sin más limitaciones que el respeto mutuo de la libertad é independencia de cada pueblo.

La estructura nobilísima de la diplomacia argentina, sancionada en tres memorables contiendas internacionales, la adaptabilidad social y política de todas las clases populares, probada á la evidencia por este cosmopolitismo excepcional, que en ciertos casos llega hasta torcer genuinas propensiones de raza, la altruista aspiración del poeta por consagrar en esta tierra bendecida *la eterna comunión de las naciones*, todas las prerrogativas amplias y sorprendentes, que la Carta del Estado ofrece á los habitantes de este país, no son, señores, meros arti-

ficios políticos, prodigalidades características de una joven república americana, como irónicamente nos lo vienen repitiendo, sino, muy al contrario, rasgos definitivos de filiación histórica, patrimonio de nuestra excepcional posición en el mapa de América y natural consecuencia del espíritu humanitario con que lucharon y vencieron las huestes inmortales de San Martín!

No ha sido aun escrita la epopeya que asombrará al mundo con los relatos de victorias admirables; de legiones formadas en una hora, que combatieron años y no fueron vencidas jamás; de lides providenciales en que discutieron el triunfo puñados de valientes contra miles de veteranos; de vicisitudes sin cuento, de privaciones y penurias, que sólo pudo mantener el amor entrañable de la patria y el titánico ejemplo del héroe genial que los guiaba y luchaba y sufría en pos del ambicionado ideal.

Pero escrita ó nó, ella perdura en el corazón de los argentinos, sin que el influjo de las pasiones ó la acción deletérea del tiempo puedan borrarla.

A este suelo vendrán los hombres de todos los tiempos á renovar las fuerzas gastadas en el rudo batallar por los ideales y las instituciones patrias, y ante este monumento, modesto símbolo del que la gratitud americana, le ha erigido en el santuario de cada pecho, recuperarán las energías necesarias para afrontar el problema augusto de nuestra libertad inconmovible sobre la base del orden, el trabajo y el fomento de la población.

He dicho.